



VI

LA casa del viejo Sigismundo Planus, en Montrouge, estaba contigua á la que habían habitado algún tiempo Mr. Chebe y su mujer. Era la misma planta baja, de techos altos, con sus tres ventanas, el mismo jardín, con su tonel por estanque.

El cajero vivía allí con su hermana: tomaba el primer ómnibus que partía de la estación por la mañana y volvía á la hora de comer, permaneciendo el domingo en casa cuidando sus flores y gallinas.

La vieja solterona hacía la limpieza, la comida, toda la hacienda de la casa.

Nunca se vió pareja más igual ni más dichosa.

Célibes los dos, estaban unidos por idéntico odio al matrimonio: la hermana aborrecía á todos los hom-

bres; el hermano desconfiaba de todas las mujeres. Con todo eso, se adoraban considerándose cada cual como una honrosa excepción en la perversidad general de su sexo.

Hablando de él decía siempre ella: Mi hermano *Mr. Planus*; y con la misma solemnidad afectuosa, decía él cada y cuando la mentaba: Mi hermana *Mlle. Planus*.

Para aquellos dos seres tímidos é ingenuos, París, que desconocían completamente atravesándolo todos los días, era una guarida de monstruos de dos especies, ocupados en hacerse el mayor daño posible, y cuando llegaba á sus oídos algún drama conyugal en lenguas del hiperbólico vulgo, cada cual, según su idea, acusaba á un culpable diferente.

— El marido es el culpable — decía ella.

— La culpable es la mujer — decía él.

Y este era su eterno asunto de discusión, en aquellos ratos de ocio, bastante raros por cierto, que Sigismundo se reservaba de su laborioso día, tan arreglado y aritmético por decirlo así, como su libro de caja.

Pero hacía algún tiempo que los hermanos daban á sus coloquios animación extraordinaria: lo que ocurría en la fábrica los preocupaba mucho. La hermana se compadecía de madama Fromont y no se mordía los labios para dar por indigna la conducta de su marido, mientras Sigismundo no tenía palabras bastante amargas y duras contra la pícara desconocida que enviaba á cobrar á caja una factura de francos seis mil por un trazo de moda. Para el fiel cajero, el honor de aquella antigua casa, que venía sirviendo desde su juventud, era también suyo.

— ¿Qué va á ser de nosotros? — decía continuamente.

— ¡Oh! las mujeres! las mujeres!...

Un día, hacía calceta junto al fuego *Mlle. Planus* esperando á su hermano.

La mesa estaba puesta hacía media hora y la solterona comenzaba á inquietarse de tan insólita demora, cuando veis aquí que entra Sigismundo con el rostro demudado y sin proferir una palabra ni media, cosa extraña en él, que hablaba siempre al entrar y nunca mudaba de semblante.

Prolongó tan angustioso silencio hasta que estuvo muy bien cerrada la puerta, y entonces, á la mirada interrogativa y ansiosa de su hermana, despegó los apretados labios.

— Traigo graves noticias — dijo en voz baja.

— Habla por Dios.

— Sé quién es la mujer que se ha propuesto arruinarnos.

Y en voz más baja aún, después de una mirada á los mudos muebles del comedor, pronunció un nombre singular, tan inesperado y sorprendente que la asombrada solterona se lo hizo repetir hasta tres veces.

— ¿Es posible?

— Tengo pruebas.

Y á pesar de su despecho, tenía casi aire de triunfo. La vieja solterona no se atrevía á creerlo.

— ¡Dios mío! — exclamaba — ¡Una dama tan bien educada, de tantos respetos y finura!... ¿Es posible?

— Tengo pruebas — repitió Sigismundo.

Luégo refirió que el tío Aquiles había visto cómo entraban Jorge y Sidonia, una noche á las once, en una casa sospechosa del arrabal Montmartre; que otros los habían visto igualmente en parajes no menos sospechosos, y que en la fábrica no se hablaba de otra cosa, siendo Risler el único que lo ignoraba todo.

— Pues deber tuyo es prevenirlo — replicó la solterona.

El cajero movió la cabeza gravemente.

— Es cosa muy delicada. Ante todo ¿quién sabe si querría creerme? ¡Hay ciegos tan ciegos!... Fuera de

esto, poniéndome entre los dos socios, me arriesgo á perder mi empleo... ¡Oh! las mujeres! las mujeres! ¡Y pensar que ese Risler hubiera podido ser tan feliz... Cuando le hice venir del país con su hermano Franz, el pobre no tenía un céntimo, y hoy está al frente de una de las primeras casas de París. Pero no hay que esperar que esté satisfecho. ¡Bah! El señor quiere casarse. ¡Pardiez! Como si hubiera necesidad de casarse. ¿Para qué diablos?... Y no es esto lo peor; sino que va á casarse con una mujer de París, una de esas



damiselas mal peinadas y peor dirigidas, que son la ruina de una casa honrada, cuando tenía tan á la mano una doncella, poco más ó menos de su edad, hija de su mismo país, avezada al trabajo y de madera fina, aunque me esté mal decirlo.

Mlle. Planus, á cuya fina madera había aludido el hermano, tenía aquí la ocasión más oportuna de exclamar: «¡Qué hombres! ¡Qué hombres!» Pero no exclamó ni dijo nada, guardando pudoroso silencio. Era asunto delicado, y á pesar de los pesares, si Risler la hubiera pretendido, acaso, acaso... hubiera él sido el único hombre que...

Sigismundo continuó:

—Y vé adónde hemos llegado. Tres meses há que

la primera fábrica de papeles pintados de París está pendiente de los volantes de esa mujer. Hay que ver cómo corre el dinero. No hago en todo el día más que entregar partidas á Mr. Fromont, que á mi se dirige siempre, porque en casa de su banquero no tendría esto disimulo, mientras en la caja, el dinero va, viene, entra, sale... Pero ¡cuenta con el inventario! ¡Buenas serán sus cuentas de fin de año! Lo peor de todo es que Risler mayor no quiere que se le hable de esto. Se lo he advertido muchas veces. «Abre el ojo, Guillermo: tu consocio hace locuras por esa mujer.» Y ó se va encogiéndose de hombros, ó me contesta que no tiene que ver en ello, porque Fromont es el amo. En verdad que es para creer... es para creer...

El cajero no acabó de expresar el concepto; pero su silencio estaba preñado de malos pensamientos.

La solterona estaba consternada, pero, como la mayor parte de las mujeres en semejante caso, en vez de buscar remedio al mal, se extraviaba en una multitud de suposiciones y pesares retrospectivos.

—¡Qué lástima no haber sabido esto antes, cuando eran nuestros vecinos los padres de Sidonia! Era madama Chebe una persona tan honorable!... Hubiéramos podido entonces entendernos con ella para que vigilara á Sidonia y le hablara seriamente.

—En efecto, es una buena idea—interrumpió Sigismundo.—Deberías ir á la calle de *Mail* á prevenir á sus padres. Yo había pensado escribir á Franz, que ha tenido siempre cierto ascendiente sobre su hermano, y es el único que podría decirle ciertas cosas... Pero está tan lejos ese muchacho!... Y luego sería tan terrible la revelación! ¡Pardiez! Ese desgraciado Guillermo, me da lástima... No, lo mejor es advertir á la madre. ¿Te encargas tú de esto, hermana?

El encargo era peligroso, y la solterona hizo algunas objeciones; pero nunca había sabido resistirse á la

voluntad de su hermano, y el deseo de ser útil á su antiguo amigo Risler acabó de decidirla.

Gracias á la excesiva bondad de su yerno, había logrado Mr. Chebe realizar su nuevo antojo. Hacía tres meses que habitaba su famoso almacén en la calle de *Mail*. Y era de ver la extrañeza de aquel distrito comercial ante un almacén de mercancías sin mercancías, cuyas puertas se abrían por la mañana para cerrarse á la noche como las casas en grande. Pero si no había allí cosa de género, en cambio no faltaban anaqueles, ni balanzas, ni mostrador, ni caja de hierro con secreto y todo para guardar caudales. En una palabra, el principal de aquel famoso almacén tenía todos los elementos de un tráfico cualquiera, sin saber cuál preferir.

Y cuenta que pensaba en ello todo el santo día, paseándose á lo largo del local, embarazado aún con grandes trastos impertinentes ó no idóneos, que no habían podido entrar en la trastienda ni menos en su propio lugar, que no era otro que el dormitorio; pensaba en ello también al paso de su puerta, cuando haciendo que hacemos en són de gran comerciante y hasta con su ociosa pluma detrás de la oreja, se hundía con delicia en la vertiginosa baraúnda del comercio parisiense. Los dependientes que pasaban con sus muestrarios bajo el brazo, los carros de las mensajerías, los ómnibus, los mozos de cordel, los carretones, el desembalaje de géneros en las puertas inmediatas, los paquetes de telas, de pasamanería, que rozaban el barro del arroyo antes de entrar en los sótanos, esos negros agujeros atestados de riquezas, donde está en germen la fortuna de las casas... todo esto extasiaba á Mr. Chebe.

Divertíase en adivinar el contenido de los fardos y era el primero en las contiendas, cuando un transeunte recibía un bulto á los piés, ó los caballos de un carro,

impacientes y fogosos, se atravesaban en la calle obstruyendo la circulación.

Sobre éstas, tenía las mil distracciones del comerciante sin clientes ni respetos que guardar, como por ejemplo: la lluvia, las disputas, las riñas, los robos y demás accidentes ordinarios.

Á la caída de la tarde, fatigado del trabajo de los demás, se arrellanaba en su butaca y decía á su mujer enjugándose la frente:

—Esto, esto es lo que me hacía falta... la vida activa.

La pobre mujer se sonreía sin contestar. Hecha á los caprichos y extravagancias de su marido, se había acomodado como mejor pudo en la trastienda que tenía vistas á un patio oscuro, y se consolaba pensando en la antigua prosperidad de sus padres y en la fortuna de su hija, y siempre vestida aseadamente, se había granjeado el respeto de los vecinos.

No quería ella más tampoco: sólo quería conservar, á pesar de todo, cierta categoría comercial, un rango burgués, siquiera humilde, para no confundirse con las mujeres de un menestral, ordinariamente más pobres que ella.

Era su preocupación constante: así la pieza en que estaba y en que era de noche á las tres de la tarde, llamaba la atención por su orden y limpieza. De día, se doblaba el lecho á manera de canapé, un chal viejo hacía oficios de tapete en una mesa, la chimenea servía de cocina, detrás de un biombo y en un anafe enorme hervía reservadamente la olla. La tranquilidad era el sueño dorado de la pobre mujer, agitada siempre por la estéril movilidad de un compañero impertinente y molesto.

Desde los primeros días se había anunciado al público el comerciante Mr. Chebe, con este rótulo escrito en letras tamañas:

COMISIÓN.—EXPORTACIÓN.

Ni más ni menos. Quien quiera saber más, que estudie.

Sus vecinos vendían tules, paños, telas... Él estaba dispuesto á vender de todo; pero no podía decir qué: no lo sabía á punto fijo.

Y ¡qué coloquios sobre esto, en la velada de la noche, con su pobre mujer!

—No entiendo de telas, verdaderamente; pero lo que es en materia de paños... ¡oh! de esto respondo. Sólo que, si me dedico á los paños, necesito de toda necesidad un dependiente viajante, como quiera que vienen de Sedán y de Elbeuf las mejores clases. De estampados no hay qué hablar hasta la estación de verano, ni menos de los tules, estando ya la estación muy avanzada.

Con frecuencia terminaba sus incertidumbres diciendo gallardamente:

—Lo mejor es consultar con la almohada. Vamos á acostarnos y mañana veremos lo que da el día.

Y se retiraba, á gusto y contentamiento de su pobre mujer.

Al cabo de tres ó cuatro meses de tráfico, digámoslo así, comenzó á aburrirse el famoso traficante. Vinieron otra vez á atormentarle los aturdimientos y dolores de cabeza, y para el caso era ruidoso y malsano aquel distrito. Fuera de esto, los negocios no iban bien, ni los paños, ni los estampados, ni los tules.

Y en este punto de crisis comercial, acertó á presentarse Mlle. Planus con su embajada, á propósito de Sidonia.

La solterona se había dicho de camino:

—Hay que dar muchos rodeos para llegar á lo grave, sin herir la delicadeza de nadie.

Pero, como todas las personas timidas, hubo de

desembarazarse de su carga, apenas entró en colloquio, desde las primeras palabras desde el saludo de rúbrica.

Fué una peripecia de teatro, rápida, fulminante.

Al oír que se acusaba á su hija, se levantó la madre con verdadera indignación. Jamás se le haría creer el mal pecado, aunque se lo predicaran frailes descalzos. Su pobre Sidonia era víctima inocente de la más vil de las calumnias.

El padre, por su parte, lo tomó de más alto, refiriéndolo todo á su persona según su costumbre.

—¡Cómo se entiende! ¡Cómo puede suponerse que una hija mía, una hija de Mr. Chebe, honorable comerciante, conocido en la plaza, de treinta años atrás, haya sido capaz de... Eso es una suposición de la envidia, una hablilla infame y vulgar de malas lenguas.

La solterona insistió, sin embargo. Costábale mucho pasar por chismosa y correvedile de malas nuevas; pero había pruebas convincentes del hecho, que, por otra parte, no era ya un secreto para nadie.

—Y dado que así fuera — saltó furioso Mr. Chebe, más y más ofendido de la insistencia de la otra — ¿nos toca á nosotros corregir eso? Nuestra hija está casada, vive fuera de la casa paterna... Toca pues á su marido, hombre de más edad y peso que ella, aconsejarla y dirigirla. ¿Ha pensado en ello siquiera?

Sobre tan delicado tema se puso el vejete á declamar contra su yerno, ese suizo de sangre coagulada que pasa la vida buscando inventos mecánicos, negándose á acompañar á su esposa, joven y bella, á la buena sociedad y prefiriendo al decoro de su posición el grosero solaz ó vicio de la pipa y la cervecería.

Era cosa de oír el tono de desdén aristocrático con que Mr. Chebe pronunció la palabra vulgar *cervecería*. Y sin embargo, casi todas las noches iba allá á beber, á costa siempre de Risler, á quien hacía graves car-

á la puerta y todo el sosiego y desvergüenza de una coqueta dichosa.

Madama Risler no sospechaba que había allí en aquella ventana de la planta baja un enemigo de todos los instantes, que espiaba todas sus acciones, los más ligeros pormenores de su vida, las entradas y salidas de su maestra de canto, todas las cajas que se le llevaban, la gorra galonada de los empleados del *Louvre*, cuyo pesado coche se paraba á la puerta con gran ruido de cascabeles, como una diligencia arrastrada por poderosos caballos, que conducían la casa de Fromont á la quiebra con rapidez vertiginosa.

Sigismundo contaba los paquetes, calculaba su peso al pasar, y por las abiertas ventanas penetraba curiosamente en el interior del piso. Las alfombras que sacudían con grande estrépito, las jardineras puestas al sol, con sus enfermizas flores, tan extrañas como costosas, los magníficos tapices, nada se le escapaba.

Las adquisiciones nuevas le saltaban á la vista refiriéndose á alguna fuerte saca de caja.

Pero lo que estudiaba aún más que todo era la fisonomía de Risler.

Para él, aquella mujer diabólica iba en camino de hacer del hombre más honrado un bribón invencundo. No cabía dudar de ello. Risler sabía su deshonra y la aceptaba: se le pagaba para que callara.

Había ciertamente algo monstruoso en esta hipótesis; pero es propio de los caracteres cándidos, que aprenden el mal sin haberlo conocido, ir sin detenerse demasiado lejos. Una vez convencido de la traición de Jorge y Sidonia, la infamia de Risler le había parecido al cajero menos imposible de admitir. Y sino ¿cómo explicarse la indiferencia del uno ante el malrotar del otro socio?

El severo Sigismundo, en su honradez mezquina y rutinaria, no podía comprender la delicadeza de Risler.

Fuera de que sus hábitos metódicos de tenedor de libros y su perspicacia meramente comercial estaban á cien leguas de aquel carácter distraído, medio artista, medio inventor. Juzgaba de todo esto por lo que en él pasaba, sin poder adivinar lo que es un hombre en tentación de inventar, encerrado en una idea fija. Estos hombres son sonámbulos: miran y no ven con los ojos por dentro.

En sentir del cajero, Risler veía.

Y este sentir lo apenaba grandemente. Comenzó por mirar descaradamente á su amigo siempre que éste entraba en su despacho; desanimado luego por aquella impasible indiferencia, que suponía él estudiada, aplicada á su faz como una máscara, acabó por desviarse, fingiendo buscar algo entre sus carpetas para evitar sus falsas miradas y sólo hablándole con los ojos convertidos á otra parte. Hasta sus palabras eran todas indirectas y bizcas como sus miradas, pues no se sabía positivamente á quién se dirigía.

Acabáronse ya las sonrisas amistosas, los recuerdos registrados mano á mano en el libro de caja de la fábrica.

Á la larga hubo de notar Risler la frialdad de Sigismundo y habló de ello á su mujer.

De algún tiempo atrás, sentía ella flotar en torno de sí aquella antipatía. Á las veces, como cruzaba el patio, hería la el centelleo de malévolas miradas, que le hacían dirigir las suyas á la rejilla del cajero. Con esto, tembló alarmada por el enojo de los dos amigos, y se dió buena prisa y no mala maña en prevenir á su marido contra las intenciones del otro y demás gente *non sancta*.

—¿No estás viendo que te tiene envidia, que le pesa tu posición? Que un antiguo compañero sea hoy su principal, es una pesadumbre que lo ahoga. Pero si fuera uno á hacer caso de esas malevolencias... Yo misma estoy rodeada de ellas.

El bueno de Risler abrió tamaños ojos.

—¿Tú?

—Sin duda. Toda esta gentuza me detesta. No lleva á bien que la pobre Sidonia Chebe haya venido á ser madama Risler... y Dios sabe cuántas infamias dicen de mí. Y puedo asegurarte que vuestro cajero no es el que tiene la lengua menos larga. ¡Qué hombre tan malvado!

Estas pocas palabras produjeron su efecto. Indignado Risler, demasiado altivo para quejarse, pagó desdén con desdén; y aquellos dos hombres tan rectos no podían ya encontrarse sin un movimiento de embarazo, de malestar, de tal manera, que al cabo de algún tiempo, no volvió Risler á entrar en el despacho del cajero. Esto le era fácil por otra parte, siendo Fromont el encargado de todo lo relativo á fondos. Cada fin de mes se le subía su asignación y ni para esto tenía que ver al cajero. De aquí, una facilidad más para Jorge y Sidonia y la posibilidad de una multitud de infames intrigas.

Ocupábase á la sazón Sidonia en completar su programa de vida lujosa y elegante y le faltaba para ello una casa de campo. En el fondo, odiaba los árboles, los sembrados, los senderos que inundan de polvo. «Lo más triste que hay en el mundo,» decía ella. Sólo Clara Fromont pasaba el verano en Savigny. Desde los primeros días de calor, se comenzaba á hacer el equipaje en el piso principal; se descolgaban las cortinas, y allá iba á la quinta del abuelo un carro de mudanzas, donde la cuna de la niña balanceaba su barquilla azul. Después, una mañana, la madre, la abuela, la niña y la nodriza, partían al trote de dos caballos hacia el sol de los céspedes y la sombra suavizada de los ojaranzos.

París estaba entonces feo, despoblado; y bien que á Sidonia le gustara aún en esa estación de estío que lo caldea como un horno, la mortificaba pensar cómo to-

das las elegancias y riquezas parisienses se paseaban á la orilla del mar, bajo sus sombrillas claras, y hacían del viaje un pretexto para lucir las mil invenciones nuevas, las originales modas más audaces, que permiten enseñar la linda pierna y largos y anillados cabellos.

En los baños de mar era excusado pensar, como quiera que Risler no podía ausentarse de París.

Comprar una casa de campo era prematuro todavía, pues faltaban los medios para esta adquisición.

Bien estaba allí el amante, que no quería más sino satisfacer este nuevo capricho; pero una casa de campo no se disimula como un brazaletes, como una cachemira. Con todo eso, podía probarse todo con el bonachón de Risler.

Preparando tan escabroso terreno hablábale á menudo de un rincón de campo, no muy costoso, cerca de París. Risler la escuchaba sonriendo. Bien pensaba él en las yerbas, en la exquisita fruta del cercado propio, ya atormentado por esa necesidad de poseer que viene con lo fortuna; pero como tan prudente, decía:

—Veremos... veremos... Hay que esperar á fin de año.

El fin de año quería decir el balance de la casa, el inventario.

¡El inventario!

Es la palabra mágica. Todo el año se va en el turbión de los negocios: el dinero entra, sale, circula, atrae más dinero, se dispersa; y la fortuna de la casa, como dorada culebra, inasible, en movimiento continuo, se alarga, se contrae, aumenta ó disminuye, sin que sea posible reconocer bien su estado, sino en un momento de reposo. Sólo al inventario se sabrá de cierto á qué atenerse, si el año que parece bueno, lo es definitivamente.

Generalmente se hace á fines de diciembre, al rededor de navidad ó de año nuevo. Como exige horas

extraordinarias de trabajo; hay que trasnochar en los escritorios. Toda la casa está en vela: las luces, encendidas en los despachos hasta mucho después de haber cerrado, parece que participan de ese aspecto de día de fiesta que anima esta última semana del año, en que tantas ventanas se iluminan en los saraos de familia. Hasta el más humilde empleado de la casa se interesa en el resultado del balance, como que los aumentos de salario y los aguinaldos ó propinas de la pascua dependen de este grande y general finiquito.

Así, pues, mientras se agitan los intereses, los cuantiosos intereses de una rica fábrica, en los quintos pisos, ó en pequeñas viviendas de arrabal, las mujeres de los empleados, los muchachos, los padres, viejos ó inválidos, hablan del inventario, cuyo resultado ha de hacerse sentir ó por un aumento de economía, ó por la compra largo tiempo aplazada de algo necesario, que la propina hará al fin asequible.

En la casa comercial Fromont y Risler, Sigismundo Planus es un dios en este momento, y su despacho un santuario donde velan, bullen y rebullen todos los dependientes. En el silencio de la fábrica, las grandes páginas de los enormes libros mercantiles crujen al volverse, y los nombres pronunciados en alta voz hacen buscar en otros registros. Las plumas rechinan sobre el papel, y el viejo cajero, rodeado de sus dependientes, tiene una expresión afanosa y terrible. De vez en cuando, Jorge Fromont, al ir á tomar el carruaje, entra con el cigarro en la boca y puesto de guantes, andando lentamente y de puntillas y se asoma á la rejilla.

—Y bien—dice á media voz—¿cómo va eso?

Sigismundo da como un gruñido, y el joven principal se retira sin atreverse á preguntar más. Bien advina en el avinagrado semblante del cajero, que las noticias serán malas.

En efecto, desde los años de revolución en que se reñía en los patios de la fábrica, nunca se había visto en la casa Fromont inventario más lastimoso. Gastos é ingresos se balanceaban: los generales lo absorbían todo, y además, Fromont menor era deudor á la caja de crecidas cantidades. Era de ver la cara consternada del viejo cajero, cuando el 31 de Diciembre subió á dar cuenta á Jorge de sus operaciones.

Éste, por su parte, tomó las cosas muy alegremente. En lo sucesivo todo irá mejor. Y para reanimar al decaído y malhumorado cajero, púsole en la palma de la mano una gratificación de mil francos en lugar de los quinientos que por igual concepto le daba antes su tío.

Á todos los de la casa llegó la generosa disposición del principal; y en la alegría común, el deplorable resultado del balance fué muy luégo olvidado.

En cuanto á Risler, quiso el mismo Jorge encargarse de ponerlo al corriente de la situación.

Cuando entró en el aposento de su consocio, alumbrado desde arriba por una luz de taller, que caía á plomo sobre la meditación del inventor, tuvo el joven un momento de vacilación, el remordimiento y vergüenza de lo que iba á hacer.

Pero al ruido de la puerta, se había vuelto el otro alegremente.

—¡Mr. Fromont! amigo mío! ¡ya, ya está!

—¿Qué?

—La máquina, la *estampadora*. Faltan algunos detalles; pero eso vale poco. Ahora estoy cierto de mi invención. Ya verá usted, ya verá usted... Por más que se esfuerce *Prochasson* y Compañía, con la *estampadora* Risler no es posible la competencia.

—¡Bravo, bravo, compañero!—contestó Fromont.

—Eso para el porvenir. ¿No piensa usted en el presente? ¡Ese inventario!...

—¡Ah! es cierto: ni siquiera había pensado en él.

Y observando la fisonomía de Jorge, que estaba algo turbado é inquieto, añadió:

— No será muy halagüeño ¿eh?

— Al contrario — contestó Jorge — no es sino muy favorable... tenemos motivos para estar satisfechos, sobre todo, para nuestro primer año de gestión. Nos toca á cada uno un beneficio de cuarenta mil francos, y como he pensado que acaso necesite usted dinero para dar las estrenas á su esposa...

Y sin atreverse á mirar de frente al hombre de bien á quien iba á engañar, puso sobre su mesa un manojito de billetes.

Risler tuvo un momento de emoción. ¡ Tanto dinero para él, para él solo! Pensó, primero, en la generosidad de los señores Fromont que lo habían hecho lo que era, y luégo en su amada Sidonia, en el deseo tantas veces expresado por ella y que él podía ya satisfacer.

Con lágrimas en los ojos y una sonrisa en los labios, tendió las dos manos á su consocio, diciendo:

— Estoy contento... estoy contento.

Era su expresión en las grandes ocasiones.

Después, indicando el manojito de billetes:

— ¿Sabe usted lo que es esto? — dijo á Jorge con acento de triunfo. — Esto es la casa de campo de Sidonia.

¡ Ira de Dios!



VII

Una carta

A Franz Risler,

Ingeniero de la Compañía Francesa

ISMAILIA (*Egipto*)

FRANZ, amigo mío, el viejo Sigismundo es quien te escribe. Si supiera yo expresar mejor mis ideas en el papel, tendría mucho, mucho que contarte. Pero este sacro francés es muy difícil, y fuera de sus números, Sigismundo Planus no vale nada. Sin más rodeos, voy á decirte de qué se trata.

»En la casa de tu hermano pasan cosas que no están bien. Su mujer lo engaña, andando en amorios con su consocio. Si esto continúa, el que ahora sólo pasa por ridículo, llegará á pasar por un bribón. Escúchame, querido Franz: es preciso que vengas sin demora, pues nadie, sino tú, puede hablar á Guillermo y abrirle los ojos sobre la conducta de su Sidonia: á nosotros no nos creería. Pronto, pronto, amigo mío, pide licencia y vente.

»Bien sé que tienes que ganarte ahí la vida y crearte un porvenir; pero un hombre de honor debe anteponer á todo el apellido que le legaron sus padres. Pues bien, yo te digo que te vengas inmediatamente; donde no, llegará el día en que el apellido Risler tendrá encima tanta mengua, que no podrás ya llevarlo.

»Tuyo afectísimo amigo,

SIGISMUNDO PLANUS (*Cajero*).